

COMPENDIO

DE LA HISTORIA DE LOS JUDIOS,

DESDE LA MUERTE DEL PONTIFICE SIMON, HERMANO DE JUDAS MACABEO,
HASTA JESUCRISTO. SIRVE DE CONTINUACION A LA HISTORIA DE LOS MACABEOS.

I.
Observaciones sobre esta historia.

LA historia de los Macabeos nos muestra el principio de los *Asmoneos* que gobernaron la nacion judía, y que se llamaron así por *Asamoneo* (1), bisabuelo de Matatías, padre de los Macabeos, y progenitor de sus sucesores hasta Antígono, que fué despojado por Heródes el Grande. Los libros canónicos de los Macabeos comienzan la historia desde el tiempo en que el santo anciano Matatías se presentó acaudillando los Judíos fieles, y concluye con la muerte del pontífice Simon su hijo, en quien se habian reunido la potestad civil y sacerdotal. Desde este pontífice hasta Jesucristo que nació bajo el reinado de Heródes el Grande, la historia de los Judíos casi no es conocida sino por los libros del historiador Josefo, segun el cual expondremos sumariamente esta historia, que contendrá la *sucesion de los príncipes Asmoneos* desde el pontífice Simon, y *el reinado de Heródes el Grande*, que usurpó la potestad civil, y se arrogó el derecho de disponer de la potestad sacerdotal.

II.
Pontificado y gobierno de Hircano. Antes de la era cr. vulg. 135.

Despues de la muerte de Simon, *Juan*, uno de sus hijos apellidado *Hircano*, fué proclamado sumo sacerdote y príncipe de los Judíos (2). Queriendo Antioco Sidétes, rey de Siria, aprovecharse de la ventaja que le daba la muerte de Simon, marchó con un poderoso ejército para sojuzgar la Judea y reunirla al imperio de Siria. Hircano se vió obligado á encerrarse en Jerusalem, donde sostuvo un largo sitio con increíble valor. Mas reducido al extremo por falta de víveres, pues era aquel un año sábito, propuso al rey capitulacion de paz. En el campo se sabia el apuro en que Hircano se hallaba, y los que estaban con el rey le instaban á que aprovechase la ocasion que se le venia á las manos para exterminar la nacion judía. Diódoro de Sicilia (3) y Josefo, dicen que la nacion no fué destruida por efecto de la generosidad y clemencia de Antioco, quien trató con Hircano. Y convinieron en que los sitiados rendirian las armas, que las fortificaciones de Jerusalem serian arrasadas, y que se pagaria al rey un tributo por Joppe y otras ciudades que los Judíos poseian fuera de la Judea; y la paz se concluyó con estas condiciones. Antioco pretendia tambien que se reedificase la ciudadela de Jerusalem, donde queria poner guarnicion; mas Hircano no quiso consentir, pues se acorda-

(1) *Joseph. Ant. l. xii. c. 8.*—(2) *Jos. Ant. l. xiii. c. 16 et seqq.*—(3) *Diod. Eglog. 1. pag. 901.*

ba de los males que habia hecho á la nacion la que hubo en la ciudadela mientras existió, y mas bien quiso pagar al rey la suma de quinientos talentos que se le pidió como equivalente. La capitulacion se ejecutó; y por lo que entónces no podia tener efecto, se dieron rehenes, entre los cuales estaba un hermano de Hircano.

Este acompañó á Antioco en su expedicion contra los Partos; y habiendo tenido parte en las victorias de este príncipe, volvió á la Judea lleno de gloria al fin de la campaña, dejando en Oriente á Antioco que poco despues pereció desgraciadamente. Muerto Antioco, procuró Hircano aprovecharse de las divisiones que sucedieron en el imperio de Siria, extendiendo sus estados con la conquista de muchas plazas de Siria, de Fenicia y de Arabia que mejor le convenian. Al mismo tiempo trabajó para hacerse absoluto é independiente, lo que consiguió en términos, que desde ese tiempo ni él ni sus descendientes dependieron de los reyes de Siria, roto el yugo de la sujecion y aun abolido el homenaje.

Envió á Roma una embajada para renovar los tratados hechos con Simon su Padre. El senado recibió con agrado sus embajadores, y concedió cuanto se le pedia. Los embajadores expusieron al senado, que Antioco habia hecho la guerra á los Judíos, no obstante el decreto que los Romanos le habian dirigido, y la alianza que habian celebrado con Simon; que les habia quitado muchas ciudades, los habia hecho tributarios por Gázara, Joppe y algunas otras plazas que les habia cedido; y los habia forzado á una paz desastrosa, sitiando á Jerusalem: todo lo cual sabido por el senado, reprobó cuanto se habia hecho contra los Judíos desde el tratado con Simon; y resolvió que Gázara, Joppe y las otras plazas que los Siroes les habian tomado ó hecho tributarias contra el tenor de este tratado, les fuesen restituidas y exentas de todo tributo, homenaje y servidumbre. Tambien se determinó que los Siroes los indemnizasen de todas las pérdidas causadas contra lo prevenido en el tratado con Simon; y en fin, que los reyes de Siria renunciarian su pretendido derecho de que sus tropas marchasen por las tierras de los Judíos. Esto sucedió bajo el reinado de Alejandro Zebina, quien tambien hizo alianza con Hircano.

Derrotado Zebina por Antioco Gripo, y muerto algun tiempo despues, tuvo este que defenderse contra Antioco Ciziceno su hermano, con quien se vió precisado á dividir el imperio. Mientras que los dos hermanos consumian sus fuerzas mutuamente, ó se abandonaban á la molicie despues de la paz, aumentaba Hircano sus riquezas y su poder; y no teniendo que temer de su parte, emprendió la conquista de Samaria. Envió á sus dos hijos Aristóbulo y Antígono á ponerle sitio, y los Samaritanos pidieron socorro á Ciziceno, rey de Damasco, quien vino con un ejército: los dos hermanos salieron de su campo, y le dieron la batalla en que fué batido y perseguido hasta Scitópolis, y se salvó con trabajo. Despues de esta victoria los dos hermanos volvieron al sitio, y estrecharon tan vigorosamente la ciudad, que se vió reducida á recurrir al Ciziceno para que viniese á socorrerla; mas él no teniendo bastantes tropas para hacer levantar el sitio, las pidió á Tolomeo Latiro, rey de Egipto, que le envió seis mil hombres que Ciziceno unió á sus tropas. No

Antes de la era cr. vulg. 131.

127.

110.

109.

atreviéndose á atacar al ejército sitiador, se contentó con hacer correrías en el país para precisar al enemigo á levantar el sitio y marchar á defender su propio territorio. Mas viendo que el ejército enemigo no se movía, y que el suyo estaba muy disminuido por la derrota de algunas partidas, la desercion y otros accidentes, creyó que peligraba su persona si permanecía con un ejército tan debilitado, y se retiró á Trípoli dejando el mando á dos de sus mejores generales, Calimandro y Epícrates. El primero murió en una empresa temeraria con toda la division que llevaba; y Epícrates sin esperanzas de adelantar, solo pensó en sacar el mejor partido que pudo para su interes particular en el estado en que se hallaba. Trató secretamente con Hircano, y por una cantidad de dinero que recibió, entregó á Scitópolis, y todas las otras plazas que los Siros tenían en el país; y Samaria sin esperanzas de socorro, se vió forzada después de un año de sitio á rendirse á Hircano que la hizo demoler. Las murallas, las casas, todo fué derribado y arrasado hasta los cimientos; y para impedir que se reedificase, se abrieron anchos y profundos fosos llenos de agua que atravesaban en todas direcciones la explanada de la ciudad arrasada, que no fué restablecida hasta el tiempo de Heródes, quien le dió el nombre de *Sebaste* en honor de Augusto.

Dueño Hircano de toda la Judea, de Galilea, de Samaria y de muchas plazas fronterizas, se hizo uno de los príncipes mas poderosos de su tiempo. Ninguno de sus vecinos se atrevió á atacarle, y pasó el resto de sus días en pleno sosiego respecto á lo exterior; mas en lo interior no gozó de la misma tranquilidad. La secta violenta y díscola de los fariseos le dió muchas pesadumbres. Por una profesion afectada de adhesion á la ley, y de rigidez en las costumbres, adquirió mucha reputacion y ascendiente sobre el pueblo. Hircano habia procurado por muchos beneficios atraerlos á sus intereses; pues á mas de haber sido educado entre ellos, y profesado siempre su secta, los habia protegido y servido en todas ocasiones; y para ganarlos mejor, les dió un banquete magnífico en que les hizo un discurso representándoles que siempre habia sido su intencion, como bien lo sabian, ser justo en sus acciones para con todos los hombres, y hacer todo lo que era agradable á Dios segun la doctrina enseñada por los fariseos, á quienes rogaba que si le veian separarse en alguna cosa del gran fin que se proponia con estas dos reglas, le diesen sus consejos para poner remedio y corregirse. Toda la asamblea aplaudió este discurso y colmó á Hircano de alabanzas. Solo uno llamado Eleázaro, hombre turbulento y sedicioso, se levantó, y le dijo: „Pues que deseas que se te diga libremente la verdad, si quieres mostrarte justo, deja el sumo sacerdocio, y conténtate con el gobierno civil.” Sorprendido Hircano, le preguntó cuál era la razon de darle este consejo. Eleázaro respondió que se sabia por testimonios de personas ancianas y fidedignas, que su madre habia sido una cautiva, y como hijo de una extranjería, era incapaz segun la ley de poseer esta dignidad. Si el hecho hubiera sido cierto, Eleázaro tenia razon, pues la ley era terminante sobre este artículo (1); mas era una impostura y mera ca-

[1] Lev. xxi. 15.

lumnia, y así los asistentes reprendieron fuertemente al que la habia proferido, y mostraron claramente su indignacion.

Este suceso sin embargo ocasionó muchas turbulencias. Hircano se exasperó de que se hubiese infamado con tanta insolencia á su madre, de que se amancillase la pureza de su nacimiento, y se atacase el derecho que tenia al sumo pontificado. Jonatan, su íntimo amigo, y saduceo celoso, se aprovechó de esta coyuntura para animarle contra todo el partido fariseo, y atraerlo al de los saduceos, insinuándole que lo que habia sucedido no era una violencia de Eleázaro, sino un plan concertado por todos ellos cuyo órgano habia sido Eleázaro, y que para convencerse no tenia mas que consultarles el castigo que merecia el calumniador, y veria, por sus miramientos al criminal, que todos eran sus cómplices. Hircano siguió su consejo, consultó á los gefes de los fariseos qué castigo deberia imponerse al que habia difamado de aquella manera al príncipe de su pueblo y al sumo sacerdote, esperando que le condenarian á muerte; mas su respuesta fué que la calumnia no era un crimen capital, y que todo el castigo que merecia era de azotes y prision. Esta blandura en caso tan grave hizo creer á Hircano cuanto Jonatan le habia insinuado, y se tornó enemigo mortal de toda la secta farisea; prohibió que se observasen los reglamentos fundados en sus pretendidas tradiciones, impuso penas á los que contraviniesen á su mandamiento, y abandonó enteramente su partido para abrazar el de los saduceos sus enemigos. Murió Hircano el año siguiente, y habia sido veinte y nueve años sumo sacerdote y príncipe de los Judíos: dejó cinco hijos, Aristóbulo, Antígono, Alejandro Janneo (no se sabe el nombre del cuarto) y Absalon.

Aristóbulo como el mayor, sucedió á su padre (I), y luego que se vió afirmado en el sumo sacerdocio y reino temporal, tomó la diadema y título de rey que ninguno de los que habian gobernado á Judea desde la cautividad de Babilonia habia tomado. La oportunidad del tiempo le pareció muy favorable para su empresa, pues los reyes de Siria y de Egipto que podrían oponérsele, eran príncipes débiles embarazados por guerras intestinas, poco firmes en el trono, y de poca duracion. Sabia que los Romanos se inclinaban á autorizar estos desmembramientos, para tener humillados á los príncipes griegos; y por otra parte era natural que Aristóbulo se aprovechase de las victorias y conquistas de sus antepasados que habian dado una consistencia segura y no interrumpida á la nacion judía, y la habian preparado á sostener la magestad real de sus gefes.

La madre de Aristóbulo por el testamento de Hircano pretendia gobernar; mas Aristóbulo prevaleció, la puso en prision y la hizo morir de hambre: á su hermano Antígono á quien amaba le dió parte en el gobierno, y á los otros tres los tuvo en prision mientras vivió.

Cuando Aristóbulo se afirmó en la plena posesion que habia tenido su padre, hizo la guerra á los Itureos, y después de haber sometido la mayor parte del país, los obligó á abrazar el judaísmo, lo mismo que Hircano habia hecho algunos años ántes con los Idu-

[1] Jos. Ant. l. xiii. c. 19. et seqq. et de Bello Jud. l. i. c. 3.

meos: los puso en la alternativa, ó de circuncidarse y adoptar la religion judía, ó de salir de su país é ir á buscar á otra parte su establecimiento. Quisieron mejor permanecer en el país y hacer lo que se les exigía, quedando incorporados religiosa y temporalmente con los Judíos, y esta práctica se hizo fundamental en los príncipes Asmoneos. La Iturea donde vivían estos pueblos, era parte de la Cele-Siria al nordeste de la frontera de Israel, entre la porción de la tribu de Manasses de allá del Jordan, y el territorio de Damasco.

Una enfermedad obligó á Aristóbulo á venir de Iturea á Jerusalem, y á dejar el mando del ejército á su hermano Antigono para acabar la guerra que él habia comenzado. La reina y su partido que envidiaban el favor de Antigono, se aprovecharon de esta enfermedad para indisponer al rey contra él con falsos rumores y negras calumnias; y vuelto poco despues Antigono á Jerusalem, despues de terminada felizmente esta guerra, entró como en una especie de triunfo. Se celebraba entónces la fiesta de los Tabernáculos, y él se fué derecho al templo con sus guardias y armado como habia entrado en la ciudad, de lo cual se le hizo un crimen ante el rey que preocupado ya contra él, le envió orden de que se desarmase y viniese á verle prontamente, suponiendo que si rehusaba á obedecer era prueba de que tenia malas intenciones, en cuyo caso mandó que le matasen. El que Aristóbulo habia enviado, ganado por la reina y su partido, varió la orden, y le dijo que el rey deseaba verle armado como estaba; y habiendo partido Antigono inmediatamente para verle, como los guardias le vieron armado, ejecutaron la orden que tenían, y le mataron. Sabido por Aristóbulo todo lo que habia pasado, se apesará vivamente, y no pudo consolarse de tal desgracia: así atormentado por los remordimientos de su conciencia por esta muerte y por la de su madre, llevó una vida miserable, y murió en fin afligido y despechado el segundo año de su pontificado.

Despues de su muerte, Salomé su muger sacó de la prision á los tres príncipes (1), y Alejandro Janneo el mayor fué coronado. Hizo morir al hermano que le seguía, que habia intentado quitarle la corona; mas al tercero llamado Absalon que era de genio pacífico y que solo pensaba vivir tranquilamente como simple particular, le concedió su favor y le protegió toda su vida, y no vuelve á hablarse de él hasta el tiempo en que dió su hija en matrimonio á Aristóbulo, el mas jóven de los hijos de su hermano Alejandro (2), y que le sirvió contra los Romanos en el sitio de Jerusalem, en que fué hecho prisionero cuando Pompeyo tomó el templo cuarenta y dos años despues.

Alejandro despues de arreglar los negocios interiores de sus estados, fué á atacar á los habitantes de Tolemaida, los batió y obligó á encerrarse dentro de sus murallas; les puso sitio, y ellos pidieron socorro á Latiro, que estaba entónces en Chipre, quien vino en persona. Mas los sitiados mudaron de propósito, porque temieron se hiciese su señor, y Latiro disimuló por entónces su resentimiento. Ya estaba para concluir un tratado con Alejandro, cuando supo que este príncipe trataba secretamente con su madre Cleopatra para empe-

[1] *Jos. Ant. l. xiii. c. 20. et seqq. et de Bello Jud. l. i. c. 31.* [2] *Ibid. l. xiv. c. 8.*

IV.
Pontificado
y reinado de
Alejandro
Janneo.
Antes de la
era cr. vulg.
105.

ñarla á venir con todas sus fuerzas á arrojar á Latiro de la Palestina. Este se hizo su enemigo declarado, y resolvió hacerle cuanto mal pudiese.

El año siguiente dividió su ejército en dos cuerpos, destacó el uno para que fuese á poner sitio á Tolemaida, con la que tenia motivo de estar descontento, y marchó en persona con el otro contra Alejandro. Los habitantes de Gaza dieron á Latiro un número considerable de tropas, y se dió una batalla sangrienta cerca del Jordan, en que Alejandro perdió treinta mil hombres, sin contar los prisioneros que hizo Latiro despues de la victoria. Entónces Latiro no teniendo ya enemigo que le disputase el campo, taló y desoló todo el país, y sin el socorro que Cleopatra trajo el año siguiente, Alejandro estaba perdido, porque despues de una derrota tan considerable, le era imposible reponerse y hacer frente á su enemigo.

Esta princesa conoció que si Latiro se hacia dueño de la Judea y de la Fenicia, se ponía en estado de venir á Egipto y destruirla, y que era menester contener sus progresos. Así levantó un ejército, cuyo mando dió á Quelcias y á Ananías, que eran dos Judíos sus favoritos. Equipó al mismo tiempo una escuadra para trasportar sus tropas, se embarcó en ella, y vino á desembarcar á Fenicia. A su arribo, Latiro levantó el sitio de Tolemaida y se retiró á la Cele-Siria. Cleopatra destacó á Quelcias con una parte del ejército para perseguirle, y con la otra mandada por Ananías puso sitio á Tolemaida. Muerto Quelcias en su expedicion, Latiro para aprovecharse del desorden que su muerte habia causado, entró con todas sus fuerzas en Egipto, creyendo que le hallaria sin defensa, ausente su madre que habia llevado sus mejores tropas á Fenicia, en lo que se engañaba, pues las tropas que Cleopatra habia dejado, se sostuvieron firmes hasta la llegada de las que ella destacó de Fenicia cuando descubrió su designio. Vióse pues obligado á volverse á Palestina, y se acuarteló el invierno en Gaza.

Entre tanto, Cleopatra estrechó tan vigorosamente el sitio de Tolemaida, que por fin la tomó, y luego Alejandro vino á verla, y le llevó ricos presentes para ganar su favor; mas lo que sirvió mejor para conseguirle, fué su odio á Latiro, grande recomendacion para con ella. Algunas personas de la corte de esta princesa le hicieron advertir la buena ocasion que tenia de hacerse dueña de la Judea y de todos los estados de Alejandro, apoderándose de su persona; y tanto la estrecharon, que á no ser por Ananías lo hubiera hecho; mas este le representó la vileza é infamia que seria tratar así á un aliado empeñado en la misma causa; que era obrar contra el honor y la buena fe, fundamentos de la sociedad; que tal conducta perjudicaria mucho sus intereses y le acarrearía el odio de todos los Judíos del mundo; en fin, tanto hizo por sus razones y por su crédito que empleó activamente para salvar á su compatriota y su pariente, que la reina cedió y renovó su alianza con Alejandro.

Volvió este á Jerusalem, donde levantó un buen ejército que pasó el Jordan, y formó el sitio de Gadara; y apoderándose de ella al cabo de diez meses, tomó tambien otras plazas muy fuertes, situadas al otro lado del Jordan; pero no habiendo tenido á su vuelta la debida precaucion, fué batido por el enemigo, y perdió diez mil hom-

Antes de la
era cr. vulg.
104.

103.

102.

101.

bres con todo el botin que habia hecho y su propio equipage. Volvió á Jerusalem agobiado por esta pérdida y por la ignominia consiguiente, y aun tuvo el pesar de ver que muchas gentes léjos de compadecer su desgracia, la festejaban malignamente, porque desde la querella que tuvo Hircano con los fariseos, estos habian sido enemigos de su casa, y mas de Alejandro; y como se llevaban casi todo el pueblo en pos de sí, le preocuparon y animaron tanto contra él, que este fué el verdadero origen de los desórdenes y discordias que turbaron su reinado.

Antes de la
era cr. vulg.
100.

Esta pérdida aunque grande, no le impidió tomar á Rafia y Antedon por el lado de Gaza, que habia quedado sin defensa por la vuelta de Latiro á Chipre; y estos dos puestos que estaban á pocas millas de Gaza, la tenian como bloqueada, y aun este era el fin que se habia propuesto tomándolos. Jamas habia perdonado á los habitantes de Gaza haber excitado á Latiro contra él, y haberle reforzado con tropas que le hicieron ganar la fatal batalla del Jordan, y buscaba con cuidado todas las ocasiones de vengarse de ellos. Luego que sus negocios se lo permitieron, vino con un poderoso ejército á sitiá á Gaza. Apolodoro, que era el gobernador, defendió la plaza por todo un año con un valor y una prudencia que le adquirieron alguna reputacion; y aun su propio hermano Lisimaco no pudo ver su gloria sin envidia, villana pasion que le hizo asesinarle. Despues este infame se asoció con algunos malvados como él, y entregaron la ciudad á Alejandro. Al entrar, parecia por su continente y por las órdenes que daba, que era su ánimo usar de la victoria con moderacion y clemencia; mas luego que se vió dueño de todos los puestos y sin ningun obstáculo, abandonó la desgraciada ciudad á sus soldados, con permiso de matar, robar y destruir, y fué tratada con toda la barbarie imaginable. Mas el placer de la venganza le costó muy caro, porque los habitantes de Gaza se defendieron como desesperados, y le mataron tanta gente cuantos eran ellos; él, sin embargo, desfogó su brutal pasion convirtiendo esta antigua y famosa ciudad en un monton de ruinas, y volvió á Jerusalem despues de un año que habia durado esta guerra.

Algun tiempo despues, le hizo el pueblo una atroz afrenta en la fiesta de los Tabernáculos, pues mientras estaba en el templo, y que en calidad de sumo sacerdote ofrecia en el altar de los holocaustos el sacrificio solemne, se pusieron á arrojarle limones á la cabeza, diciéndole mil injurias y tratándole de esclavo, tacha que declaraba bastante que le miraban como indigno de la corona y del pontificado; y era esto una consecuencia de que Eleázaro hubiese osado afirmar que la madre de Hircano habia sido cautiva. Estas indignidades irritaron tanto á Alejandro, que al frente de sus guardias acometió á estos insolentes, y mató hasta seis mil. Viendo la mala disposicion de los Judíos respecto de él, ya no se atrevió á confiarles su persona, y formó su guardia de tropas extrangeras que hizo venir de la Pisidia y de la Cilicia, formando un cuerpo de seis mil hombres que le acompañaba á todas partes.

Cuando Alejandro vió la tempestad que se habia levantado contra él, un poco aflacada por el terror de la venganza que habia tomado, marchó contra los enemigos extrangeros, y despues de alcanzar algunas ventajas, cayó en una emboscada, en que perdió la mayor parte de su ejército, y pudo él mismo escapar apénas. A su vuelta á Jerusalem, los Judíos irritados por esta pérdida, se rebelaron contra él; y se

lisonjeaban de hallarle tan debilitado y abatido por este último desastre, que no tendrían dificultad en acabar de perderle, lo que deseaban habia mucho tiempo. Alejandro, que tenia aplicacion, valor y una capacidad nada vulgar, halló tropas que oponerles; y comenzó una guerra civil entre Alejandro y sus súbditos, que duró seis años, y causó grandes males á los dos partidos. Los rebeldes fueron batidos y deshechos en muchos reencuentros.

Alejandro habiendo tomado una ciudad en que se habian refugiado muchos de los rebeldes, llevó ochocientos á Jerusalem, y los mandó crucificar á todos en un dia; y cuando ya estaban clavados en la cruz, hizo llevar sus mugeres é hijos, y degollarlos á su vista. Y mientras esta bárbara ejecucion, daba el rey un banquete á sus mugeres y concubinas en un lugar desde donde se veia todo lo que pasaba; y esta vista era para él y para ellas la parte principal de la fiesta. Esta guerra civil duró seis años, y costó la vida á mas de cincuenta mil hombres de los rebeldes.

Despues que Alejandro la apaciguó, hizo muchas expediciones al extrangero con felicidad. Y de vuelta á Jerusalem se abandonó á la crápula, cuyo resultado fué una fiebre cuartana de que murió al cabo de tres años, despues de haber reinado veinte y siete. Dejó dos hijos, Hircano y Aristóbulo; pero mandó que Alejandra su muger, gobernase el reino mientras viviera, y eligiese de sus dos hijos al que habia de reinar despues de ella.

Alejandra, segun el consejo que su marido le habia dado al morir, se sometió con sus hijos al poder de los fariseos (1), declarándoles que no hacia en esto mas que conformarse con la última voluntad de Alejandro. Con este paso ganó los ánimos de manera, que olvidando el odio extremo que tenian al difunto rey, le mudaron á los principios en veneracion á su memoria; y en lugar de las injurias que habian vomitado siempre contra él, solo se oian elogios en que sin medida exaltaban las grandes acciones de Alejandro, por las cuales la nacion se habia engradecido, y su poder, su honor y su crédito aumentado. En fin, mudaron de tal suerte al pueblo que siempre habian instigado contra él, que se le hicieron unos funerales suntuosos y mas magníficos que los de sus predecesores; y Alejandra fué establecida regente de la nacion, como el testamento lo prevenia.

Cuando esta princesa se conoció bien establecida, hizo constituir sumo sacerdote á su hijo mayor *Hircano* que tenia entonces treinta y tres años. Dió, como habia prometido, la administracion de todos los grandes negocios á los fariseos, y lo primero que estos hicieron fué anular el decreto por el que Juan Hircano, padre de los dos últimos reyes, habia abolido sus constituciones tradicionales, las cuales recobraron luego mayor crédito que ántes: persiguieron cruelmente á cuantos se habian declarado sus enemigos bajo el reinado anterior, sin que la reina pudiese impedirlo, porque se habia atado las manos poniéndose á merced de los fariseos. Habia visto en tiempo de su marido lo que es una guerra civil y los males consiguientes: temia encender una nueva, y no hallando otro medio de prevenirla que ceder un tanto á la violencia de estos hombres ven-

Antes de la
era cr. vulg.
86.

V.
Reinado de
Alejandra y
pontificado
de Hircano
su hijo ma-
yor.

[1] *Joseph. Ant. l. xiii. c. 23. et seqq. et de Bello Jud. l. 6. I. 4.*

gativos é inexorables, creyó debia permitir un mal para evitar otro mas grande.

Antes de la
era cr. vulg.
73.

Así los fariseos continuaban siempre sus persecuciones contra aquellos que les habian sido contrarios bajo Alejandro, haciéndolos responsables de todas sus crueldades y de todas las faltas con que trataban de manchar su memoria. Ya habian hecho desaparecer á muchos de sus enemigos, y cada dia inventaban nuevas acusaciones para perder á los que quedaban. Los amigos y partidarios de Alejandro viendo que no acababan las persecuciones y que estaba jurada su pérdida, se reunieron en fin y vinieron reunidos á ver á la reina, yendo Aristóbulo su segundo hijo al frente de ellos. Representáronle los servicios que habian hecho á su esposo, su fidelidad y adhesion á él en todas sus guerras, y en las dificultades en que se vió durante las divisiones intestinas; que era muy sensible que cuando ella gobernaba se les acriminase de lo que habian hecho por él, y fuesen sacrificados al odio implacable de sus enemigos, solo por su afecto á ella y á su casa. Le suplicaron que contuviese estas pesquisas, ó si no podia hacerlo les permitiese retirarse del pais, é ir á otra parte á buscar un asilo, ó á lo ménos se les pusiese en las plazas en que ella tenia guarnicion, para estar á cubierto de la violencia de sus enemigos.

La reina se compadeció del estado en que los veia y de las injusticias que padecian; mas no estaba en su mano darles la proteccion que deseaba, pues los fariseos á quienes se habia sometido la gobernaban absolutamente. Clamaban que seria detener el curso de la justicia, suspender las pesquisas contra los culpables; que tal medida ningun gobierno debia sufrirla, y que ellos jamas consentirian en ella. Por otra parte la reina creyó que no debia permitir que los verdaderos y fieles amigos de su casa abandonasen el pais, pues entónces quedaria ella sin apoyo á merced de una faccion turbulenta y sin recurso en caso necesario. Así pues se determinó al tercer partido que le habian propuesto, y los dispersó en las plazas donde tenia guarnicion, en lo que tenia dos ventajas: primera, que sus enemigos no se atreverian á atacarlos en estas plazas fuertes donde estarian con las armas en la mano: segunda, que este seria para ella un cuerpo de reserva con que podria contar en caso de disensiones.

Algunos años despues, cayó la reina peligrosamente enferma y cercana á la muerte. Luego que Aristóbulo, el mas jóven de sus hijos, vió que no podia convalecer, como ya tenia formado de antemano el designio de apoderarse de la corona en su muerte, se escapó de noche de Jerusalem con un solo criado, y se fué á las plazas donde, segun el plan que habia dado, se habian puesto de guarnicion los amigos de su padre. Fué recibido con los brazos abiertos, y en quince dias se le entregaron veinte y dos de estas plazas y castillos, lo que le hizo dueño de casi todas las fuerzas del estado. El pueblo así como el ejército estaban dispuestos á declararse por él, causados de la administracion dura de los fariseos que habian gobernado como absolutos bajo Alejandra, y héchose insoportable al pueblo. De todas partes venian de tropel á ponerse bajo los estandartes de Aristóbulo, con la esperanza de que desapareciese la tirania de los fa-

riseos, lo que no podian esperar de Hircano su hermano mayor, educado por su madre en una ciega sumision á esta secta; y por otra parte, no tenia el valor ni la capacidad necesaria para un designio tan enérgico, porque era desidioso, indolente, sin actividad ni aplicacion, y de talento muy limitado. Cuando los fariseos vieron que se engrosaba el partido de Aristóbulo, vinieron con Hircano á representar á la reina moribunda lo que pasaba, y le pidieron sus órdenes y su asistencia; mas ella respondió que ya no podia mezclarse en tales asuntos, cuyo cuidado les dejaba. Instituyó á Hircano por su heredero, y murió poco despues, habiendo reinado nueve años.

Luego que murió, tomó Hircano posesion del trono, y los fariseos hicieron todos sus esfuerzos para sostenerle. Encerraron en el castillo de Baris, situado sobre una roca escarpada en la montaña del templo, á la muger é hijos de Aristóbulo cuando éste salió de Jerusalem, para servirse contra él como de rehenes; mas viendo que esto no le detenia, levantaron un ejército, y Aristóbulo levantó tambien otro. Una batalla cerca de Jericó decidió la querrela. Hircano, abandonado de la mayor parte de sus tropas que se pasaron á su hermano, se vió forzado á huir á Jerusalem y á encerrarse en el castillo de Baris; sus partidarios tomaron asilo en el templo, y poco tiempo despues se sometieron á Aristóbulo, é Hircano se vió obligado á componerse con él.

Conviniéronse en que Aristóbulo poseeria la corona y el sumo sacerdocio (1), que Hircano renunciaria uno y otro, se contentaria con una vida privada bajo la proteccion de su hermano y con el goce de sus bienes, á lo que no tuvo dificultad en resolverse, porque gustaba mas que todo de su comodidad y su reposo. Dejó pues el gobierno á los tres años, y la tiranía de los fariseos acabó con su reinado, despues de haber atormentado á la nacion Judía desde la muerte de Alejandro Janneo.

Pero no acabaron las turbulencias del estado por la ambicion de Antipas, mas conocido con el nombre de Antípatro, padre de Heródes, que era idumeo por linage y judío por religion, como todos los otros Idumeos, desde que Hircano los obligó á abrazar el judaismo. Como se habia educado en la corte de Alejandro Janneo, y Alejandra su muger dominaba el ánimo de Hircano su hijo mayor, esperaba elevarse por su favor cuando llegase á la corona. Mas desconcertadas sus medidas por la deposicion de Hircano y del entronizamiento de Aristóbulo, de quien nada tenia que esperar, empleó toda su habilidad y sus recursos en reponer á Hircano sobre el trono.

Este se dirigió primero á Aretas, rey de la Arabia Petrea, para que auxiliase su restablecimiento. Despues de varios sucesos que es inútil referir, recurrió á Pompeyo que despues de su expedicion contra Mitrídates habia venido á Siria. Este tomó conocimiento de la causa de Hircano y de Aristóbulo que se le presentaron en persona segun sus órdenes; y muchos Judíos vinieron tambien para pedirle que los libertase de la dominacion de uno y otro, representando que no debian ser gobernados por un rey; que despues de mucho tiempo tenian la costumbre de no serlo sino por el sumo sacer-

VI.
Reinado y
pontificado
de Aristóbu-
lo.
Antes de la
era cr. vulg.
66.

(1) Jos. Ant. l. xiv. c. 1. et seqq. et de Bello Jud. l. 1. c. 4.